

ACTUALIDAD Y PERENNIDAD DE VICO

Jorge Uscatescu

Retomando el momento definitivo en los estudios vichianos que constituyó el aniversario del nacimiento de Vico (1968), se rastrea la importancia de los principales momentos anteriores y los consecuentemente posteriores. Principalmente, la actualidad de Vico se presenta en su sesgo de fundador de la filosofía de la historia, que puede presentarse como una concepción escatológica, de la dinámica de ésta, en la que se articulan religión e historia, imprescindible para comprender el pensamiento histórico contemporáneo posthistorista. La misma *actualidad* de Vico se patentiza en su sobrevivencia al historicismo.

Turning again to the definitive moment in Vichian studies which was the anniversary of Vico's birth (1968), we investigate the importance of the principle moments before and after the anniversary. Principally, the contemporariness of Vico is shown by his position as the founder of the Philosophy of History, which can be presented as being of eschatological conception of the dynamics of History, in which religion and history are united, an invaluable step in understanding contemporary historical and post-historicist thought. The very contemporariness of Vico is evident by him surviving historicism.

El centenario del nacimiento de Juan Bautista Vico se presta -y se prestará todavía largo tiempo- a una abundante contribución nueva y sugerente, y el gran filósofo italiano permanecerá actual. Su obra ofrece posibilidades infinitas en diversos campos; algunos han sido explorados abundantemente, hasta su agotamiento o casi, desde hace ya mucho tiempo. Esta exploración se ha mostrado fecunda desde comienzos de este siglo en lo concerniente a la metafísica y gnoseología vichianas. Es un campo muy vasto; Vico se inserta en la capacidad especulativa del genio meridional, ese mismo género que encontramos en Platón, Pitágoras, Arquímedes, Bruno, Campanella presentes a través de los siglos en el paisaje físico e intelectual de la gran Grecia: ¡paisaje inigualable! Pero en Vico encontramos algo más complejo que la combinación platónica, uniendo mito y logos, en el campo metafísico. Vico es para nosotros *la filosofía de la historia* que la metafísica griega no pudo alcanzar; solamente, antes que él, otro meridional, un africano, Agustín, la había entrevisto. Vico es actual sobre todo en cuanto

fundador de la filosofía de la historia. Esta se inserta en el cuadro inmenso, a la vez fascinante y confuso, del pensamiento contemporáneo. Ciertamente, en el tipo específico de pensamiento que caracteriza nuestra época, Nietzsche, desde hace ya muchas generaciones, parece habernos alistado bajo su bandera: la afirmación de que Dios ha muerto; el nihilismo que se deriva de ello, no impide sin embargo que se manifieste en proporciones insospechadas una concepción cristiana dinámica de la filosofía de la historia, y, dentro de esta concepción, J.B. Vico ocupa un puesto de honor.

Si se quiere verdaderamente comprender el pensamiento histórico contemporáneo -esta penetración fecunda hasta un cierto punto de una concepción cristiana dinámica de la historia, en nuestra filosofía de la historia, desde sus lejanas implicaciones hasta aquellas en que se inscriben concepciones cíclicas del tipo de las de Nietzsche o Splenger o materialista dialéctica del tipo de Marx, que parecen tan alejadas del cristianismo mismo- es indispensable establecer los puntos esenciales en una idea cristiana de la historia que la obra de Vico encarna de manera sustancial y fascinante a causa de la frescura y actualidad que ofrece.

En efecto esta concepción cristiana es la única que se esfuerza por dar un sentido, una significación a la historia; un sentido que no comporta decadencia o caída, sino plenitud estableciendo un nudo íntimo entre tiempo y eternidad, sin el que no se podría concebir ningún sentido. «Es importante constatar -escribe Jean Danielou en *Le mystère du salut des nations*- no solamente que el cristianismo es una religión que deja a la Historia su parte, sino que es la única que concibe las cosas en una perspectiva histórica en el sentido riguroso del término: en el sentido de que el cristianismo es la única religión en la que la Historia tiene una significación. En la mayor parte de las otras religiones, el tiempo, que es el orden de realidades según el que se desarrolla la Historia, es considerado casi siempre como degradación respecto a la Verdad que es la Eternidad».

Para Hegel, la justificación de Dios en la Historia consiste en el hecho de reconocer que la Historia universal es el curso evolutivo y la realización del Espíritu entrevisto bajo el espectáculo cambiante de los acontecimientos. Para la filosofía cristiana de la Historia, se trata de una lucha continua, sin afectación, entre un principio eterno y un principio temporal en el corazón del proceso histórico, esto es en el interior del tiempo mismo, que acaba con la victoria de la Eternidad. Entre el tiempo y la eternidad existe una oposición irreductible. El proceso histórico universal se realiza en el tiempo, pero su génesis se encuentra en la eternidad, pues la eternidad es la causa esencial de todos los fenómenos de nuestra realidad universal. Nuestro tiempo, que se confunde con nuestro proceso universal, es en el fondo un eón, un fragmento de la existencia eterna vivificada por el dinamismo de la eternidad.

Para la concepción escatológica, el tiempo histórico se mueve, en cierto sentido, en unos límites parecidos a los del tiempo primordial según la interpretación existencialista. Y la trayectoria pasado-presente-futuro nos llama, en su íntima indiferenciación, la fórmula de Heidegger del *Gewesend-Gegenwärtig-Zukunft*. La historia es así una compenetración entre lo eterno y lo temporal, pero al mismo tiempo un trágico antagonismo entre esas dos categorías fundamentales. La victoria de lo eterno representa la victoria de la vida sobre la muerte. El tiempo histórico tiene una significación ontológica en la medida en que la historia tiene su fundamento en un principio eterno. La realidad histórica no es una realidad fragmentaria, sino

una forma integral y concreta, centrada en el problema del destino del hombre. Es una realidad ontológica, nouménica, una revelación del destino del hombre y del destino universal. En la comprensión que nos ofrece de la historia la escatología cristiana y, en buena parte, la filosofía de la historia de nuestro tiempo, encontramos una profunda compenetración entre Metafísica e Historia, entre el destino metafísico y el destino histórico a la vez que una auténtica ontología de la existencia histórica. Es, pues, una concepción que se basa en la idea esencial de la libertad, y que no admite la idea de progreso más que como principio espiritual. Metafísica, ontología y principio de la libertad en acto se encuentran estrechamente asociados en la concepción cristiana ontológica de la Historia.

Lo dicho hasta aquí es el cuadro necesario para proceder a una verdadera actualización del pensamiento histórico de Vico.

En efecto, si se quiere pensar la historia en la perspectiva de Vico, hay que pensarla en su sentido actual, según su dinamismo propio, en su significación cristiana. El espíritu contemporáneo está comprometido en una aventura en la que Historia y Filosofía realizan una segunda fusión superior, y también en una aventura de crisis representada por la crisis del historicismo; en esta aventura, la presencia de esta concepción de la historia cristiana, concepción inigualablemente preciosa, está implícita hasta en concepciones históricas contrarias al cristianismo. Ella se muestra fecunda a través de un proceso de extensa penetración, como ha destacado Löwith; pero se trata también de una presencia concreta en la filosofía contemporánea. Desde este punto de vista es significativa la fortuna de Vico en la filosofía de nuestro tiempo. Vico ha sido traído a la actualidad por filósofos tales como Giovanni Gentile, Benedetto Croce, Lorenzo Giusso y, yo añadiría, la historiografía alemana moderna, por la que ha surgido entre nosotros un Vico en su dimensión de actualidad. A este acontecimiento nos hemos referido ampliamente en nuestro libro *J.B. Vico y el mundo histórico* (1956), en un capítulo titulado precisamente: «La actualidad de Vico».

Meinecke colocaba a Vico entre los precursores del historicismo; pero no cayó en la cuenta de hasta qué punto la filosofía viquiana de la historia era capaz de sobrevivir a la crisis y a la caída de este historicismo. Y esto porque -el mismo Meinecke por lo demás lo hacía observar- Vico había adquirido la certeza «de haber arrancado a Dios el secreto de la Historia». La permanente juventud y la actualidad de Vico se funda en esta fe apasionante; sus descubrimientos son de hecho, en una gran parte, el patrimonio del historicismo. Meinecke se refiere a muchos de ellos, sobre todo a su concepción cíclica, por aquel entonces tan nueva, pues no se limitaba a la de Polibio y los antiguos; no comprendía solamente fórmulas políticas, sino que encerraba también fórmulas culturales que animan y mueven la vida histórica. Vico es el primero de todos y, como tal, el primer «historicista», que considera la Historia de la Humanidad en términos universales, «articulándose en naciones y pueblos», penetrando en profundidad «hasta la raíz de los acontecimientos».

Giusso, por su parte, ve en Vico un pensador «barroco» que descubre y recorre un mundo desconocido: el mundo de lo imaginario y de los valores propios de la existencia primitiva del hombre. Pero la visión del mundo primitivo en el espíritu de Vico es más que una «teofanía utilitaria» diseñada según el modelo de la de Lucrecio, de la que el mismo Giusso ha bosquejado demasiado modestamente el perfil. El mundo de la sabiduría poética es la llave que nos abre

a la comprensión del fenómeno histórico, ese mismo *conatus* que juega un papel decisivo en la metafísica viquiana; a este mundo Vico le concede una importancia superior y reveladora respecto al mundo, dominado por la sabiduría filosófica de la razón. Es por lo que no podemos ver solamente en él un precursor del historismo. Conocemos hasta qué punto, durante la fase gloriosa del historismo, pesan la ideas de Hegel, cuyo pensamiento entero está centrado en una sedicente «racionalidad de la historia». Ahora bien, Vico, en pleno surgimiento del entusiasmo romántico, continúa siendo un milagro; él nos descubre el mundo todavía virgen de la *fantasía primitiva*, gracias a él un post-historismo afirma su actualidad: en el triunfo de la «razón histórica» él discierne lo que verá con una segura intuición Ortega -ese filósofo sin embargo extraño a las tesis historistas-: la plenitud del hombre que no tiene una «naturaleza», sino una «historia».

Vico sobrevive al historismo por tres motivos diferentes, ignorados hasta hoy; ellos aseguran su actualidad y hacen fecunda su crítica del historismo, una especie de crítica efectuada «ante litteram». Por crítica fecunda del historismo no hay que entender -creo necesario precisarlo- una negación de este historismo; sus errores no deben hacernos olvidar que, gracias a él y por primera vez se afirma una concepción que confiere al hombre su lugar en el cosmos; y que aparece el verdadero valor del hombre: no posee una naturaleza, sino una historia. Pero el trágico destino de sus ideas le ha impedido ejercer el magisterio supremo que se le debía en la vida del espíritu de estos últimos siglos. Ese magisterio es justamente el historismo que ha ejercido, un historismo que ha culminado con Dilthey y con el triunfo de la razón histórica. Los errores del historismo continúan, por ello se impone hacer una crítica de este historismo. Y esto, por tres razones esenciales: porque se confina, en definitiva, en una concepción cíclica de la vida histórica; en segundo lugar, porque las consecuencias de su racionalismo inevitable y estrecho contamina su concepción del hombre primitivo y nos enmascara la gran importancia de este hombre primitivo en el desarrollo histórico; por último, porque un pesimismo y un determinismo cultural reducen la contribución de sus más ilustres representantes.

Una posibilidad de romper, en el cuadro de una concepción moderna, una visión cíclica y cerrada de la historia es la aportación que representa el magisterio ejemplar de Vico para las generaciones llegadas después del historismo. Vico representa una posibilidad de vivir con una febril intensidad y de asir -en lo que en ella hay de más profundo y esencial- la emocionante realidad que es el hombre primitivo en tanto que ser histórico; una posibilidad, en fin, de elevarse en una síntesis superior más allá de la oposición entre pesimismo y optimismo concerniente a la cultura, consecuencia inevitable de un determinismo histórico y cultural. Su ontología histórica surge en una situación parecida a aquella en la que nace la crítica de la *razón histórica* de Dilthey. Vico se encuentra con una crisis del derecho natural, crisis de la razón natural que es la última crisis del cartesianismo, combatida por Vico desde su aparición; la crisis a la que Dilthey debe hacer frente es la de la razón histórica.

Vico, por su parte, ha logrado integrar todo el mundo cultural, como hace observar Giusso, en un gran fresco arquitectónico del orden providencial infinito. Ahora bien, esta sublime integración de todo el mundo cultural, también nuestra época busca febrilmente realizarla. Si esta integración fracasara, uno de los más nobles esfuerzos espirituales de nuestro mundo tendría el destino trágico de una victoria sin alas, «la victoria de Samotracia». J.B. Vico, el

iluminado, el alucinado del Sur mediterráneo, obtiene esta integración sublime, esta síntesis fecunda, en un tiempo quizás menos interesante, menos agitado y menos febril que el nuestro. Es por lo que Vico, el precursor, debe llegar a ser el compañero de viaje y el maestro que, pacientemente, desde hace mucho tiempo, se esperaba.

Su «*Scienza nuova*», su ciencia del hombre comprometido con la historia, conserva su novedad y su frescor, incluso después de la experiencia historista tan agitada. Su mirada aguda sobre la historia, aunque es anterior a la mirada historista, ilumina vías que llevan más allá del horizonte del historismo. Es por lo que la filosofía alemana contemporánea de la historia se vuelve a encontrar comprometida en sus preocupaciones auténticas, no con Hegel ni Dilthey ni el historismo, y mucho menos con el materialismo de Marx, sino con el ontologismo sociológico de Weber y en especial con el camino mucho más verdadero seguido por Vico.

En 1946 Vincenz Rűfner consagró en *La Filosofía de la Historia de J.B. Vico* un buen estudio que prolongaba el de Peters y el de la escuela de Kurt Breysig. Theodore Litt afirma la historicidad del hombre en una extensa teoría del conocimiento histórico, situando en la historia el problema de la verdad y el de la culpa. A su vez Hans Jürgen Baden establece una conexión profunda entre el hombre y la historia: «No existe -afirma él- ni hombre fuera del sentido de la historia, ni historia humana sin la valiosa presencia del hombre. Hombre e historia forman un nudo metafísico; aquel que lo rompe se vuelve culpable». Entre la historia y la antropología se establece así una relación íntima. El hombre no adquiere sus auténticas dimensiones en tanto que no sea ser histórico. La historia nos enseña a conocer al hombre y el hombre nos enseña a conocer la historia. En la historia el hombre llega a objetivarse en sus innumerables posibilidades. Solamente en el cuadro de la historia es donde puede establecerse una tipología humana conforme con la sustancia eterna del hombre que se corresponde exactamente, como lo afirma Hans Jürgen Baden, con el «sentido común» viquiano.

El problema del hombre en la historia ha provocado en la Alemania de preguerra una masa de estudios y de investigaciones en los que la impronta de Vico es evidente. Nosostros nos limitaremos a recordar los trabajos de Gerhardt Krűger, de Heinz Heimsoeth, de Erik Rothaker, de Gerhardt Hilmann, de Rudolf Graber, el citado anteriormente Theodor Litt; y podríamos indefinidamente continuar (cf. la bibliografía de J. Uscatescu en *G.B. Vico y el mundo histórico*, Madrid, 1956).

La antropología viquiana -considerada concretamente en su manera general de fijar la tipología cultural del hombre en las diferentes épocas- constituye el camino más seguro para la comprensión y la actualización de la filosofía viquiana de la historia, de la concepción central de Vico sobre la historia tal como se desarrolla en la *Scienza nuova*. En Platón, el cuadro era la utopía; en Vico es la historia. Los dos filósofos, por esta razón, están tan vivos en el ambiente de nuestro tiempo, en que Utopía e Historia se presentan en la intimidad de su fraterno destino. Con Vico es posible una teoría del conocimiento en el cuadro de la historia; y de esta forma el hombre se convierte en el centro de la Ciencia Nueva.

Encontramos la presencia de Vico también muy viva en la filosofía italiana contemporánea. Historia y filosofía actualizan, en sus relaciones íntimas, la mejor parte de la ideas de Vico. Es lo que sucede en el historicismo de Croce. A ello se debe la noble comprensión que han tenido de Vico y de su filosofía Giovanni Gentile, Lorenzo Giusso y Antonio Banfi.

Un intérprete de Croce, Alfredo Parente, ve en el problema de la historia concebida en términos historicistas todo el problema de la filosofía de la historia de Croce, la cual, aunque se mueve en la línea de Hegel y del hegelianismo, no en menor medida actualiza al mismo tiempo ciertas ideas fundamentales de Vico. Según Croce, el conocimiento histórico está en la cima de entre los que puede alcanzar el espíritu humano. Recordemos aquí que, según Vico, el conocimiento histórico sería la única forma de conocimiento y que la única realidad que el espíritu humano puede alcanzar y comprender es la realidad histórica. El inmanentismo de Croce no le impide darse cuenta, en la comprensión del fenómeno histórico, de la importancia de la conversión y de la reciprocidad del *verum* en el *factum* (*verum et factum convertuntur*), tal como Vico las presenta, ni afirmar que las categorías del espíritu son idénticas a las potencias del hacer. Según Croce, pensamiento, acción y conocimiento no son actividades aisladas y, mucho menos, contradictorias; la historia es un proceso continuo del mundo del pensamiento, en cuyo seno pensamiento y conocimiento se refuerzan de modo exhaustivo. En el historicismo crociano se realiza de esta manera una especie de reducción de la filosofía a la metodología de la historia que lleva a sus últimas consecuencias la síntesis kantiana de lo sensible y de lo inteligible y renueva la conversión del *verum* en el *factum* de Vico. Al mismo tiempo, esta identidad entre filosofía e historia, *leit-motiv* del sistema filosófico de Croce, recuerda en muchos aspectos el nudo entre filología y filosofía que tiene en Vico el carácter de *leit-motiv*. Es tras la huella de Vico, por lo que Croce define la Historia como historia de la libertad. Afirmación ésta que es característica de la actual filosofía de la historia inspirada o motivada por el cristianismo y sus experiencias espirituales, como lo demuestra, entre otros, la obra de Berdiaef y de Toynbee.

La presencia de Vico en toda la obra de Gentile sería tema de una importante meditación, pues Gentile es de entre todos aquel que ha actualizado más la metafísica viquiana. Pero para lo que nos interesa aquí, en el marco de los lazos profundos que unen filosofía e historia, la obra de Gentile experimenta, más que ninguna otra, la misteriosa influencia de las ideas de Vico. Todavía muy joven, mucho antes de afrontar los problemas tan sugestivos de la metafísica viquiana, G. Gentile en sus notables ensayos sobre la «filosofía de Marx» explica la estructura del marxismo en la mejor y más auténtica tradición viquiana. Gentile no ignoraba que Marx conocía las ideas de Vico. A través de la fórmula viquiana del «*verum et factum convertuntur*» explicaba, desde esta época, la doctrina marxista de la praxis y formulaba por sí mismo una precisa ontología del ser social que alcanzaría su mas altas cumbres, medio siglo más tarde, en la filosofía propiamente gentiliana con su obra capital *Génesis y estructura de la sociedad*.

Un ejemplo, entre otros muchos, de la influencia de Vico sería, sin duda alguna, la doctrina gentiliana de la Sociedad y del Estado. Platónica en su marco general, esta doctrina está construida en sus dimensiones concretas, según las normas de Vico. Como Vico, Gentile se eleva a una comprensión integral de los modos según los cuales el aspecto se manifiesta y del desarrollo dinámico de los términos históricos. Vico configura la «salvación del género humano» en el marco de la historia y en el círculo del estado ideal, y la «monarquía más perfecta» sobre el modelo del estado platónico. Pero el estado ideal de Vico es superior al de Platón. No es el estado abstracto, pero queda incluido, en el curso histórico, el desarrollo de la humanidad a través de las fases sucesivas de su devenir. El estado de Vico contiene toda

la humanidad, *respublica generis humani, magna generis humani civitas, Repubblica universale*. Es un estado que se confunde con el mundo de las naciones, con la historia -una historia ideal, típica, una «historia histórica» como decía Croce. De este Vico del mundo de las naciones y del estado ideal, Gentile habla en términos patéticos en el discurso que pronunció en el segundo centenario de su muerte (19 de marzo de 1944): «El apareció como un oasis en el desierto, un milagro en el siglo de los racionalistas y de los matemáticos; singular, único en su tiempo, no atado a próximo pasado ni al tiempo que le siguió; fue más tarde, mucho más tarde, cuando los historiadores se percataron de que hacía falta volver a él para continuarlo». Gentile se sentía atraído profundamente por el Vico de la historia ideal eterna «en la que la sucesión es adquirida en la inmanente vista del espíritu», del mismo modo que le fascinaba, en el periodo inicial de la génesis del actualismo, el Vico de la metafísica y de la gnoseología del Renacimiento.

Setenta años antes de la *Crítica de la razón pura*, Vico nos ofrece su famosa fórmula del «verum et factum convertuntur», entendiendo por ello que «la verdad no es descubierta, sino hecha por nosotros; es decir que no precede al espíritu lo verdadero, sino el mundo que crea como reino del espíritu, ...el estado, la historia -que se vuelve inteligible a partir del momento en que es comprendida como obra del hombre». Es muy significativo que Gentile se acerca a Vico, filósofo de la historia y teórico del estado ideal, en plena gestación de su propia teoría del estado, es decir en la fase última de su pensamiento -el de su obra *Génesis y estructura de la sociedad*-, que nos revela un verdadero Gentile, filósofo de la historia; de este Gentile se ha ocupado Felice Bataglia en una obra ocasional. Esta obra de Gentile plantea unos problemas inmensos, muy extensos y siempre actuales; sus ideas sobre el estado repercuten sobre la filosofía de la historia más que sobre la teoría de la política o la sociología. Quien quiera comprender la esencia y el destino del estado moderno no puede ignorar estas ideas. Según Gentile el estado contemporáneo, en su proyección ideal, se ofrece a nosotros como el estado del devenir permanente; todo lo contrario, pues, de un simple Leviatán o de una ficción intelectual. Gentile reivindica la unidad substancial de la convivencia humana. Su estado no es el estado de derecho, sino más bien el estado ético que excluye todo tipo de atomismo social y político, rechaza el materialismo que reivindica para él el sentimiento de la comunidad. El estado es el individuo mismo en su universalidad. Colocar al estado como *eticidad radical* es la solución ideal de la tragedia del poder. Pero formulando la necesidad de concebir el estado sobre la base de la ética, Gentile no preconiza, a la vez, la existencia de un estado perfecto. Vico había previsto ya la paradoja de la muerte del estado, y había presentado la idea misma de la decadencia a través de la constitución del estado más perfecto. «Autocrítica eterna, revolución eterna»; tal es la historia del estado, según Gentile, formulada por él en términos viquianos desde el espíritu de nuestro tiempo.

La filosofía de Armando Carlini llega también a su plenitud al expresarse en una filosofía de la historia. Menos explícita, la presencia de Vico no es sin embargo menos evidente en el espiritualismo y en el problematismo de Carlini. En definitiva, el hombre de Carlini, el hombre en el que se premia la interioridad y el valor, que se libera del mundo en el que está inmerso, este hombre es la *Historia*, realidad concreta y dinámica, en tanto que él está henchido de espiritualidad. La «corporeidad», el nudo entre el mundo y la espiritualidad creadora, es para

Carlini, de modo general, historicidad. La historia tiene según él un fundamento existencial más que ontológico. El momento capital para la existencia como acto y como persona, el momento en que se despierta del sueño trascendental, el momento de la meditación reveladora en cuyo curso emerge a la existencia autónoma, el momento en que toma cuerpo el mito del realismo, es al mismo tiempo, en términos de corporeidad, la base de nuestra historicidad. Gracias al mito del realismo, el hombre interior, que nosotros somos, se arroja en el mundo, vive en el mundo, y encuentra en el mundo su propia liberación y los fundamentos de su propia plenitud. En realidad el sueño trascendental se prolonga en un auténtico sueño de lo real.

Según Heidegger, el mundo de la experiencia sensible no presenta una auténtica autonomía; para él este mundo es inauténtico y banal, como desprovisto de autenticidad, y banal es la historicidad misma del hombre. Carlini, por el contrario, hace de este mundo, del *ser mismo-en-el mundo* una experiencia histórica cargada de significaciones. La mediación del hombre hace posible la autenticidad de la experiencia histórica. *Una metafísica de la existencia histórica*, he ahí cómo se puede definir la filosofía de la historia de Carlini, que es el punto culminante de su filosofía. Y, para este último desarrollo, trae a colación lo que nosotros hemos llamado el magisterio ejemplar de Vico. Escribía Carlini en su libro *Della vita dello spirito al mito del realismo* (Sansoni, 1959, pág. 140): «Es filósofo de la historia solamente aquel que, en los hechos humanos, piensa esta actividad del espíritu que crea la historia misma». «Fenomenismo y relativismo, humanismo e historismo, están de acuerdo en declarar que la realidad no tiene necesidad de un elefante para llevarla y sostenerla; el mundo -el pensamiento del mundo- reposa y se mueve en el interior de sí mismo». Es verdaderamente difícil expresar en términos más viquianos el sentido moderno y actual de la historia.

Si se trata del fenómeno que se impone por sí mismo, que la historia como fenómeno espiritual se nos ofrece en su pleno desarrollo y en su más alta cima en la filosofía contemporánea -fenómeno que encuentra en la modernidad de Vico su principio y sus más ricas soluciones internas-, un hecho merece la atención: que, en la concepción misma de la nueva historiografía, la filosofía de la historia ha venido a ocupar desde hace mucho tiempo un puesto de gran importancia. La distinción entre historiografía y filosofía de la historia está perdiendo sus dimensiones rígidas clásicas. Las obras en que se presenta *una visión total de la historia*, como las de Spengler y Toynbee, o las que penetran en el proceso histórico interpretado como espíritu o como libertad, como dinamismo y fin -la de Berdiaef por ejemplo- dominan las preocupaciones intelectuales de nuestra época. Según Spengler, la filosofía de la historia es, en realidad, una filosofía y una morfología de la cultura; los símbolos primarios y la idea de destino tiene aquí un puesto predominante; pero una concepción cíclica no excluye la idea de dinamismo y de proceso histórico.

Toynbee substituye, en el dinamismo histórico, la «Kultur» por la civilización; más precisamente, las civilizaciones que son la base de un monumento de diez grandes obras (*Study of History*); todas estas obras nos orientan hacia una palingenesis, que es un retorno al proceso de los orígenes; esta eterna melodía de la historia recuerda en muchos de sus aspectos la de Vico. La idea central de Toynbee y de su propia filosofía de la historia es la de los «campos histórico inteligibles» y de los lazos estrechos entre las civilizaciones en el tiempo y en el espacio, verdaderos nudos ontológicos del proceso histórico mismo. En la última parte de su obra tan

vasta, Toynbee esboza el tema, sugetivo y con profundas implicaciones, de una *ontología de la historia*. Y en esta interpretación, ontología y existencia histórica participan de un destino común. Un sentido superior de la historia anima a los acontecimientos históricos. Toynbee quiere reunir, dentro de este gran esfuerzo -uno de los más potentes de nuestro tiempo, a pesar de errores de evaluación y de prospectiva-, aquellos que en el curso de todos los tiempos han querido percibir en la historia un último sentido poético y una epifanía de Dios. Y esto es una imagen de la historia concebida a la manera de Vico.

Berdiaef experimenta respecto a la historia un sentimiento muy particular; un sentimiento de rebeldía, como el de Nietzsche, como el del nihilismo contemporáneo, como la rebelión contra la teoría de una historia objetiva, símbolo del moderno Leviatán. «Mi sentimiento de la historia -escribe Berdiaef- está impregnado de amargura». La plenitud, esa filosofía de la historia la busca más allá de la historia. ¿Y no va, idealmente sin duda, más allá de la historia la filosofía de la historia ideal eterna de Vico? La concepción de la historia de Berdiaef es escatológica y espiritualista. Pero su inspiración escatológica, el sentimiento que le inspira la catástrofe final que está en el centro de su obra, no se inspira en el Apocalipsis sino en el sentimiento puro de un cristianismo ascético. Su escatologismo es de naturaleza trágica, tiene implicaciones gnoseológicas y simbólicas; está íntimamente unido al problema de la muerte. Pero si la historia es *caída* no posee un sentido y un fin. El sentido de la historia se encuentra «más allá de sus límites e implica su propio fin. La historia tiene un sentido porque ella tiene un fin. Sin este fin, sería absurda. Absurdo sería un progreso indefinido. Es por lo que una verdadera filosofía de la historia es una filosofía de la historia escatológica... Existe una escatología y una apocalipsis históricas. Yo he pensado siempre que estas dos apocalipsis estaban íntimamente unidas». Con la muerte del tiempo -el tiempo cósmico, histórico, objetivo-, el mundo desaparece: entonces el tiempo existencial triunfa. El fin no tendrá lugar en el futuro, sino en nuestro tiempo; está siempre próximo a nosotros, sobre el plano existencial. La desaparición del tiempo histórico y la llegada del tiempo existencial es la salida, la solución de la historia misma. Así la historia representa el triunfo de la libertad, del espíritu, del reino de Dios sobre el de César. Berdiaef propone una concepción escatológica de carácter humanista, un escatologismo activo y creador. La filosofía de la historia es, al mismo tiempo, *una filosofía de la libertad* y una filosofía del espíritu.

En conclusión, la filosofía de la historia participa hoy de un destino ambivalente; reivindica la historia en términos de libertad y espíritu, se presenta como una filosofía del espíritu y una filosofía de la libertad. Así se realiza una síntesis superior, pero al mismo tiempo paradójica. La paradoja reside en la exaltación misma de la historia. Y, a partir de ese momento, la historia pasa del dominio de la libertad al de la necesidad. El espíritu es sometido a la tiranía.

Todo el nihilismo de la época contemporánea participa de este carácter ambivalente de la filosofía de la historia y lo expresa. Llegada a su punto culminante, al estado del éxtasis (o ex-tasis), la filosofía de la historia sufre una crisis que le es propia, una crisis total. De tal manera que en ella, en su plenitud coincidente con su caída, en su campo tan vasto de irradiación espiritual, nos encontramos nuestro propio drama y la proyección de nuestro propio destino en estos tiempos que son los nuestros, en que se ha llegado a la conclusión de que el hombre en sí y el humanismo son el mal de la edad moderna. Y esto es un campo de contradicciones, en

que sentimos la presencia renovada de Vico, y no la sentimos solamente como la de un lejano precursor, sino como la presencia permanente de un amigo fuerte y seguro que nos servirá de guía para avanzar en un nuevo camino de luz y claridad: sí, este guía es uno de nuestros contemporáneos, un auténtico contemporáneo capaz de iluminar con sus intuiciones nuestro oscuro porvenir. Ahí se encuentra la verdadera, la sublime grandeza de J. B. Vico.

(Trad. del francés por J. Villalobos)

* * *